

EL PUEBLO DEL AGUA

FATHOMFOLK

ELIZA CHAN



minotauro

EL PUEBLO DEL AGUA

FATHOMFOLK

ELIZA CHAN

minotauro

Fathomfolk. El pueblo del agua

Publicado originalmente como *Fathomfolk* por Orbit, 2024
Copyright © Eliza Chan, 2024

Traducción: © Gala Sicart Olavide, 2025
Ilustración de cubierta: © Kelly Chong
Adaptación de cubierta: Book&Look
Revisión: Agencia Yerro

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1877-4
Depósito legal: B. 13.909-2024
Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros



CAPÍTULO UNO

Una incorporación tardía se abrió paso dando un codazo a Mira y desplazándola de su posición. Tenía la mandíbula tensa y la nariz arrugada cuando sus miradas se cruzaron.
—En formación, pescado.

Mira le saludó apoyando el puño contra la palma contraria, usando el gesto *gong shou*, sarcástica. No era la primera vez que la llamaban así; se había enfrentado a insignificantes burócratas humanos como él en muchas ocasiones. Los delegados continuaron avanzando sin prisa, como si observaran con detenimiento los puestos de venta del mercado de Tiankawi en día de Fiesta Mayor en lugar de inspeccionar un desfile militar en una azotea al sol abrasador del mediodía. Mira se achicharraba en la chaqueta impermeable de su uniforme de guardia. Si se esforzaba, podía llegar a oír el océano allá abajo, pero la brisa no alcanzaba a ofrecer consuelo donde estaban, a treinta pisos de altura. Gotas de sudor le poblaban la frente y tenía el cuello agarrotado.

El capitán de la Kumiho, la guardia de la ciudad, guiaba a los políticos a lo largo de la fila.

—Y esta es Mira, recién nombrada capitana de la guardia fronteriza.

Aunque el más mayor de ellos fuera, de hecho, el ministro de Defensa, se acariciaba el blanco bigote como un abuelo indulgente a punto de repartir caramelos de semillas de loto; pero Mira conocía su otra cara. Saludó a los delegados, a la ministra de Ceremonias y a dos jóvenes oficiales.

—¡Ah! Hemos oído hablar mucho de vos —dijo la ministra de Ceremonias, una mujer alta y de mediana edad— y de vuestra inestimable ayuda en el Ministerio de los Sumergidos. La sirena.

Mira no hubiera dicho que lo suyo fuera exactamente «ayudar». Se trataba más bien de una colaboración. Tuvo que forzar una sonrisa.

—Mitad sirena, en realidad. Muy contenta de poder estar aquí hoy.

—Ya puede estarlo —añadió el hombre de la izquierda—. Vos sois la primera de los sumergidos en el ejército y ahora, además, la primera en llegar a la capitania. A eso lo llamo yo integración de verdad.

Aunque aquellas palabras parecían bienintencionadas, Mira casi podía oír el sonido de las cuentas que aquel hombre hacía en su cabeza. Por si no fuera suficiente con que su nombre hubiera de constituir un ejemplo para el pueblo de los sumergidos, querían también que apareciera en todas las vallas publicitarias de la ciudad. Pero ella se había negado. Ya era lo bastante difícil hacer su trabajo como para tener que ver su cara reflejada en cada puente elevado, pasarela y andén de tranvía.

—Con todo respeto, señor, confío en ser inspiración para que los sumergidos formen parte de todos los cuerpos —el énfasis en *todos* había sido deliberado. Aunque ella era pionera en su puesto, solo había cuatro de los de su gente en posiciones gubernamentales. Y todos estaban en el ejército, en la guardia Chinthe de frontera como ella, y no en la más influyente guardia de la ciudad, la Kumiho. Los titanes no quieran que los sumergidos entraran en el departamento de Agricultura o de Transporte, no vaya a ser que tengan demasiada influencia o atractivo...

El oficial que todavía no había hablado se limitó a ponerle la insignia de capitana, pinchando esta en la parte frontal de su chaqueta: el león de Fu, el perro-león dorado, símbolo de la Chinthe. Al hacerlo le tembló la mano y evitó que sus ojos se topasen con los de Mira. Tenía miedo. Miedo de aquella perra sirena que iba suelta. Mantuvo como pudo la compostura. Mira hizo una breve inclinación de cabeza y sonrió. Siguió con el proceso de conversación trivial como cuando se vestía por las mañanas: como un autómatas, desinteresada, con la mente puesta en la lista inacabable de tareas que debía acometer. Si continuaba haciendo como que aquello no le importaba, un día dejaría de hacerlo.

—¿Le has visto la cara? Se ha puesto pálido como una sábana —susurró una voz tras ella en cuanto los delegados siguieron su curso; era uno de sus lugartenientes.

—Vaya tipejo. Se habrá olvidado de dónde está. Uno de esos bobos seniles que se niegan a retirarse hasta que lo saquen por los pies —la voz de barítono de Tam resonaba entre las demás.

Mira se permitió una media sonrisa. Al menos había quienes la apoyaban.

Había sido un buen día a pesar de todo. Habían ascendido a dos de sus mejores amigos y una rusalka había completado su formación superior. La guardia fronteriza no estaba invitada a las celebraciones kumiho en el ayuntamiento. Echará de menos las empanadillas al vapor y el vino a borbotones, pero no a la arrogante guardia de la ciudad. A los que enarbolan sus sables ceremoniales como si fueran juguetes. La Chinthe solo tenía dagas simbólicas, otro menosprecio que añadir a la lista. Mira acarició la vieja empuñadura de la suya con el pulgar.

Aquel grupo había estado con ella casi tanto tiempo como su daga chinthe. Habían patrullado las aguas de los distritos del sur de la creciente ciudad estado de Tiankawi. Las competencias de la guardia fronteriza supuestamente quedaban restringidas a los reasentamientos y al comercio. Pero durante décadas, la guardia de la ciudad se había negado a tener relación alguna con un lugar, el sur, en el que se concentraba la población de sumergidos. Si no fuera por la Chinthe, aquella región hubiera caído por completo en manos de las bandas.

Desde el área de entrenamiento de la azotea había una buena caída hasta el nivel del mar. Cuando Mira era más joven, trepaba por los edificios y tomaba atajos dando piruetas y saltos. Pero lo cierto es que el camino más largo también tenía su encanto. La ciudad era una extensión de pilares monolíticos en la cima y, por debajo, pueblos de chabolas. En marea baja, los tabloneros de las pasarelas goteaban agua enfangada, amenazando con venirse abajo antes de poder ser reparados. Cuando la marea era alta, quedaban completamente sumergidos, a merced de las aguas que rodeaban Tiankawi. Aunque eso no suponía un problema para los sumergidos.

El lugar al que Mira acostumbraba a ir al salir del trabajo no era otro que una caseta que había junto al puerto del distrito de Seong. La anciana pareja propietaria del puesto estaba cociendo a la brasa de carbón pinchos de langostino picante y piezas enteras de pescado, mientras a sus pies flotaban botellas de aguardiente casero.

—A la nueva capitana, Mira de Chinthe, a quien no merecemos —pronunció el lugarteniente Tam tras una reverencia burlona.

—Anda, largo de aquí. —Mira le dio una pequeña patada con la punta de la bota.

—No os olvidéis de nosotros ahora que vais a ser un pez gordo —añadió. Mira le miró con resignación; no gastaría saliva en una réplica.

—Puede que tenga razón —dijo Mikayil, su otro lugarteniente, arqueando intermitentemente las pobladas cejas que enmarcaban su amigable y oscuro rostro y secándose las manos a conciencia con un pañuelo que se había sacado del bolsillo.

—Te quieren de líder —acordó Lucía. Era una de las nuevas alférez, alguien que todavía se planchaba el uniforme cada mañana y no tenía la cara marcada por las mismas arrugas, largas como ríos, que exhibían los demás. Sujetaba su daga enfundada como si le hubieran obsequiado una pieza de oro. Mira recordó aquel entusiasmo que a ella tanto le hubiera gustado conservar.

—Lo que quieren en el ayuntamiento es marcar una casilla; a alguien que diga que sí a todo, una lameculos que les sirva de panfleto y les consiga reclutas. ¿Qué os parezco? —dijo Mira posando con una mano en la cadera, como una caricatura de un reclamo de alistamiento. Se echaron a reír, brindaron chocando las botellas y se pusieron a hablar de otras cosas. Mira dio un largo trago a su cerveza. Cuánto le hubiera gustado que fuera también así de fácil desprenderse de todo lo demás. Las caras de los delegados le habían confirmado hoy lo que ya sabía. En ella solo veían a alguien que era mitad sirena. No importaba su uniforme, los exámenes que había aprobado, las ideas que había puesto sobre la mesa; lo primero que veían en ella era su condición de sumergida. Ella nunca había vivido en un remanso bajo el agua, el único hogar que conocía era la ciudad semisumergida y, sin embargo, siempre sería considerada una extranjera.

Se sirvió otra botella de cerveza local y la alzó mostrándosela a la anciana de la caseta hasta que esta le hizo un gesto de reconocimiento. De repente cesó todo alborozo y se hizo el silencio.

Un grupo de sumergidos se aproximaba por la pasarela. Caminaban en fila de a cuatro, ocupando todo el espacio. Mira reconoció a algunos: las barbillas como tentáculos de los gemelos pez gato ikan keli y, al frente, el contoneo de aquella kelpie de anchas espaldas. Eran los Recesionistas: un grupo de disidentes que se habían mostrado abiertamente escépticos ante su nombramiento. Caminaban confiados y se detuvieron demasiado cerca de donde los guardias fronterizos estaban de celebración. Mira notó el recelo de sus colegas, quienes dejaron sus bebidas sobre la mesa y posicionaron las manos a escasos centímetros de sus garrotes.

—Merecidas felicitaciones, *capitana* —recalcó Lynnette, quien, con sarcasmo, había alargado las vocales de aquellas palabras. La líder de los Recesionistas era muy alta y su alborotada cresta, como la de una ola, le añadía centímetros.

Mira se le acercó lentamente, disminuyendo así en algo la diferencia de estatura e intentando apaciguar la situación, mostrando una cordialidad que no sentía.

—Os lo agradezco y estáis invitados a acompañarnos.

Bastó una mirada sobre los asientos improvisados, poco más que cajas bocabajo. La mesa estaba hecha con tan solo un par de palets húmedos, mohosos en los bordes.

El más joven de los gemelos pez gato miraba fijamente a la alférez Lucía, retándola a que fuera ella quien apartara la vista primero. Entonces rechinó los dientes en un repentino siseo, moviendo de arriba abajo las espinas de las aletas que cubrían sus axilas de apariencia humana. El efecto fue asombroso. Alarman-te. Lucía tumbó una de las cajas sobre la que estaba sentada. Solo gracias a la rápida reacción de quienes estaban a su lado se salvó de caer al agua. La carcajada de los sumergidos fue inmediata.

—Tenemos otros planes —dijo Lynnette.

—Quizá en otra ocasión —la voz de Mira sonó tranquila. Neutra.

La kelpie flexionó los generosos bíceps, provocando el balanceo del amuleto que le colgaba del cuello, una deidad de arena.

—A diferencia de otros, nosotros estamos ocupados tratando de que las cosas cambien para los sumergidos de la ciudad.

Mira oyó tras ella a Tam maldecir en voz baja. La tensión incrementaba. A pesar del alcohol, se sentía repentinamente sobria. Por supuesto, que la acabasen de ascender a capitana no significaba que todos los sumergidos aprobaran su nombramiento.

—Y yo estaré encantada de escuchar cualquier posible cambio que me queráis sugerir.

—¿Qué tal si cambias tú? —susurró uno de los recién llegados lo suficientemente alto como para que todos lo oyeran. Un insulto demasiado ligero como para ser tenido en cuenta. ¿Qué iba a hacer al respecto Mira, la primera de su gente nombrada capitana en la historia de la ciudad?, ¿arrestar en su primera noche al grupo opositor más ruidoso? Los Recesionistas lo sabían también y Lynnette parecía jactarse de ello.

—Buenas noches, *capitana*. Sin duda nuestros caminos se volverán a cruzar muy pronto.

Los Recesionistas no esperaron respuesta. Dieron una voltereta y saltaron a lado y lado de la pasarela, lanzándose en bomba al agua entre gritos y silbidos, salpicando con tal fuerza que empararon por completo a los guardias fronterizos.

El agua salada se escurría por el rostro y el impermeable de Mira mientras sus colegas hicieron un corro junto a ella. Se sentó de nuevo y dio un sorbo a su cerveza, ahora salada. Le hubiera gustado poder celebrar su ascenso al menos por un día, pero estaba visto que no había tregua.



Mira ya casi había logrado dejar de pensar en los Recesionistas cuando cogió el tranvía. Este estaba prácticamente vacío, salvo por un borracho durmiendo en una esquina y una pareja de sumergidos junto a las puertas que hablaban en susurros. El vagón avanzaba traqueteando sobre la vía elevada conforme se dirigía al distrito central de Jingsha. Allí se alzaban, orgullosos, los edificios del corazón de la ciudad, monumentos de esqueleto de acero en honor de la audacia humana. Erigidos durante la Gran Guerra

Batial, cuando se hizo evidente que la lucha entre humanos y sumergidos no alteraría los crecientes niveles de las aguas; antes de décadas de inundaciones. Edificios construidos para perdurar. El resto de la ciudad estaba constituida por una extensión de barrios semisumergidos dispersos alrededor de Jingsha. La propia Mira provenía de uno de aquellos distritos; en realidad, de un barrio de chabolas. Nunca imaginó que un día viviría en el centro.

Cuando abrió la puerta de su apartamento, estaba nevando. Una capa blanca lo cubría todo como si en el interior se hubiera producido una ola de nieve. Era como en las historias que le contaba su *ma*, cuentos que sucedían en palacios de invierno sobre las cimas de montañas que nunca visitaría. Los copos caían sobre ella como diminutas flores blancas. Casi sin darse cuenta, sacó la lengua. El frío de la fina capa de nieve se le derretió en la boca y le agudizó los sentidos. Podría haber pasado así toda la noche; la cabeza elevada, como expuesta al sol, y dejando que la nieve le cayera sobre el rostro. Un sonido familiar de pasos la hizo girarse. Su pareja, Kai, estaba detrás de ella atento a su reacción.

—No sabes lo mucho que te quiero ahora mismo —dijo él, con una sonrisa que le llegaba a los ojos cálidos y marrones. Con aquella escena se había superado. Se veía que estaba muy orgulloso.

—¿Qué has hecho, loco? —dijo sin parar de reír.

Él se le acercó y le dio un fuerte y cálido abrazo.

—¡Felicidades!

—¿Qué es todo esto? —preguntó Mira, insistente. Se había apartado de él por un momento, aunque lo que deseara fuera hundirle la nariz en la camiseta. Kai olía a hogar. A caldo y a jabón de citronela. Iba vestido de manera impecable, pero tenía los dedos manchados de tinta negra y se frotaba las manos conforme hablaba.

—Tengo que ser imparcial, ya lo sabes. Y tú no querías nada especial. Pero ¿cómo no vamos a celebrar algo así? ¡Has llegado a capitana! —Mira le acarició la mandíbula; los mechones de su barbilla le hacían cosquillas en la palma de la mano. Habían pasado dos años y todavía podía hacer que su corazón saltara de alegría—. Así que —continuó él, inclinándose para besarle la

mano con ternura—, aquí, en casa, te puedo prodigar todo tipo de celebraciones.

—Sí, pero... ¿qué es *esto*? —Hizo un gesto alrededor. Ahora que podía dedicar un instante a observar, se dio cuenta de que había cubierto los muebles con sábanas y convertido el sofá y la mesa en suaves montículos blancos. Pero la nieve que caía a su alrededor era real. Todo era obra de Kai. Y ahora él se lo demostraba lanzando agua al aire y sirviéndose de su poder de moldearla para congelar las pequeñas gotas y hacerlas caer en copos de nieve perfectamente definidos. Parecía hacerlo sin esfuerzo alguno; alcanzar tal destreza haría sudar de mala manera a cualquier otro sumergido. Una delicada precisión de la que solo son capaces los de su clase.

—Tú querías ver la nieve porque nunca has estado en el norte. En serio: me gustaría llevarte algún día. ¡Te llevaré un día! Pero, por ahora, te tendrás que conformar con esto.

A pesar del frío, a Mira le ardía la piel allá donde entraba en contacto con la de él y le daba vueltas la cabeza tras aquellas palabras. Kai nunca hacía nada a medias. Incluso después de tanto tiempo juntos, todavía la lograba sorprender. Se preguntó si serían así todos los sumergidos nacidos en los remansos submarinos. Lo dudaba. Él era pura sinceridad y alegría.

Kai le ofreció un pergamino con ambas manos. Estaba hecho de papel de hoja de loto y protegido por un tubo de cristal. Habían convertido en tradición regalarse documentos inventados: panfletos de noticias picantes, multas por perderse alguna cena, cartas con severas quejas por miradas demasiado breves... ahora sonreía con los ojos mientras ella tenía dificultades con la cera que finalmente tuvo que cortar con la daga ceremonial. Se trataba de un certificado repleto de jerga legal, un documento certificando que Mira era capitana no solo de los chinthe, sino de todos los sumergidos. Más abajo, una vívida ilustración hecha con un par de hábiles pinceladas donde se la veía liderar un desfile de sumergidos bailando, riendo, cantando y siguiendo un curso fluvial. El trazo ligero de Kai había sabido captar rostros familiares, así como la idiosincrasia de gentes a quienes ambos conocían.

—Esto es..., es... —quiso decir ella.

—Sí. Lo sé —bromeó él.

Mira le empujó suavemente sobre el sofá, la nieve volvió a flotar por el contacto en cuanto cayeron juntos, ella en el regazo de él, provocando las risas de ambos. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo; la habitación temblaba en torno a ella. Lo único que parecía estable era el rostro de Kai.

—Mírame, estoy temblando —le dijo en un susurro.

—Aunque me encantaría ser la causa, esto es un terremoto. La sujetó fuertemente por las caderas.

La lámpara del techo se balanceaba, pero todo lo demás parecía normal. De niña, habiendo crecido en el agua, Mira apenas notaba los temblores leves, pero en los imponentes rascacielos de Jingsha los sentía con intensidad. Esperaron a que pasara. Con ambas manos, Mira recogió la esponjosa nieve que se había formado en el copete de Kai y la frotó contra su nariz y su oscuro pelo facial. Un agradable vértigo se apoderó de ella conforme Kai se defendía a sacudidas, con la nieve cayendo ahora sobre su rostro y su pecho. Y cuando él se quejó del frío, Mira le besó; besos de mariposa recorriendo cuello y hombros. Manos buscando desabrocharle la ropa para alcanzar su suave piel, labios acariciando las puntas nacaradas de sus escamas sobre el torso, recorriéndole el brazo. Adoraba que, incluso en su forma humana, no ocultara su verdadera naturaleza. Era un dragón marino. El único que había en la ciudad estado. Eso era algo que todavía la tomaba por sorpresa. Lo más cercano a la nobleza entre los sumergidos y aquí estaba, contemplándola con ojos hambrientos.

Kai recorrió con las manos el verde uniforme de la Chinthe, siguiendo las costuras del tejido, deteniéndose en los botones metálicos de un modo que la hizo suspirar sin quererlo.

—Soy *yo* quien se supone que debería estar a tu servicio, ¿recuerdas? —murmuró él. La chaqueta se deslizó hasta caer, sus manos le recorrieron la espalda, los labios de ambos se unieron cuando ella se inclinó, reclinando las caderas, los pechos, la boca en la suya, presionando con su cuerpo hasta acercarse tanto como para hacerle sentir aquel dolor que la colmaba entera.

—Dime... ¿cómo quieres que lo celebremos? —preguntó él.

La respuesta de ella no requirió palabras.